

# HISTORIA DE LAS PERSECUCIONES

SUFRIDAS POR LA IGLESIA CATÓLICA

DESDE SU FUNDACION HASTA LA ÉPOCA ACTUAL;

CONTIENE UN EXÁMEN DETENIDO DE LAS CAUSAS DE CADA UNA DE ELLAS Y DE LOS CARACTÉRES ESPECIALES QUE  
PRESENTARON, DE LAS PRINCIPALES LEGISLACIONES QUE CONTRA EL CRISTIANISMO HAN REGIDO  
Y RIGEN; LA BIOGRAFÍA DE LOS TIRANOS Y PERSEGUIDORES Y DE LOS MAS ILUSTRES PERSEGUIDOS Y MÁRTIRES,  
CON INTERESANTES DESCRIPCIONES DE LOS LUGARES EN QUE SE LIBRARON  
LOS RÉCIOS COMBATES DEL ORGULLO HUMANO CONTRA LA VERDAD DIVINA DESDE EL CALVARIO,  
EN EL SIGLO PRIMERO, HASTA EL QUIRINAL,  
EN EL SIGLO ACTUAL.

OBRA ESCRITA POR

D. Eduardo María Vilarrasa y D. José Ildefonso Gatell

Cura propio de la parroquia de la Concepcion y Asuncion  
de Nuestra Señora, en Barcelona.

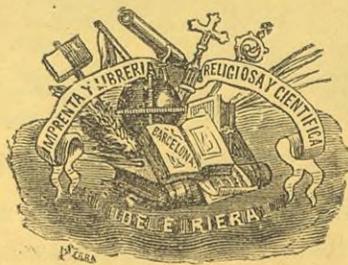
Cura propio de la parroquia de San Juan,  
en Gracia (Barcelona).

É ILUSTRADA

CON MAGNÍFICAS LÁMINAS INTERCALADAS EN EL TEXTO.

PRÉVIA CENSURA DIOCESANA.

TOMO PRIMERO.



BARCELONA:  
IMPRESA Y LIBRERÍA RELIGIOSA Y CIENTÍFICA  
DEL HEREDERO DE D. PABLO RIERA,

calle de Robador núm. 24 y 26.

1876.

Cuaderno 15.



anunció el *senatus consultus*. Es preciso trasladar la imaginación á aquellos días y figurarnos envueltos en la atmósfera criminal de Roma para medir todo el heroísmo de aquel arranque de nobleza y dignidad.

Consecuente con los acuerdos tomados, el Senado en cuerpo, vestido de gran ceremonia; el pueblo, dividido en tribus; masas de mujeres y niños con guirnaldas, esparciendo flores salieron al encuentro del parricida. El incienso perfumaba los templos, los himnos poblaban el aire. Neron entró radiante de gloria. No le acompañaban turbas de vencidos; pero atada al carro de su triunfo arrastraba una esclava degradada; la esclava, la vencida era Roma.

Es mas que seguro que los cristianos, que pasaban aun desapercibidos, llorarian en algun secreto cónclave el oprobio que sufría la moral. ¡ Lágrimas desconocidas, que envolvian la virtud corrosiva de las entrañas del imperio glorificador del crimen!



FILIPPOS, CAPITAL DE MACEDONIA.

La aparición de un cometa hizo concebir al pueblo el presentimiento de la caída de Neron, y en voz baja empezó á pronunciarse el nombre de Rubellius Plantus, á quien el Príncipe desterró por de pronto al Asia, donde dos años mas tarde le envió un decreto de muerte. Cornellius Sila, descendiente del dictador de su nombre, recibió en Marsella un decreto igual.

La cabeza de Sila fue llevada como trofeo á Roma por el liberto Pelagon.

Creyéndose en paz Neron resolvió celebrar el himeneo con Poppæa.

El divorcio de Octavia fue decretado pretextando su esterilidad; mas para acallar las murmuraciones del pueblo, se agregó la deshonor á la injusticia. Octavia fue luego acusada de complicidad en varias conspiraciones. Confinada á la isla Pandataria sufrió las brutalidades de sus satélites, hasta que un centurion le llevó el decreto de muerte. En vano evocó ella la memoria de Germanicus y de sus ilustres abuelos; en vano escitó sentimientos de conmiseracion en sus verdugos; en vano intentó luchar con sus asesinos. Atada como vulgar criminal le fue-

ron abiertas sus venas, y como la sangre helada no manara de ellas, fue sumergida en un baño hirviente.

Á la nueva de este asesinato, todavía mas revoltante que los anteriores, el Senado se reunió para decretar un voto de gracias y un sacrificio solemne á los dioses. «Y yo lo consigno aquí, dice Tácito, á fin de que los que por mis reseñas ó por las de otros aprendan la historia de estos tiempos deplorables, sepan que cada vez que el Príncipe ordenaba el destierro ó la muerte, se tributaba á los dioses accion de gracias; de modo que las ceremonias que antes servian para celebrar los hechos venturosos para el pueblo romano, no eran sino una consagracion solemne de las calamidades públicas.»

Libre de la sombra de Agrippina, Neron experimentó un *crecendo* de inmoralidad. Relegando al desprecio la política y la administracion, dedicóse al fomento de las diversiones públicas. Estableció los juegos en honor y para solaz de la juventud: *Juvenalia*; los juegos neronianos cada quinquenio: *Neronia*; los tres juegos mayores: *Ludi maximi*. No contento con presenciar la disipacion del pueblo fomentada por la molicie imperial, quiso él mismo tomar parte en las representaciones públicas. En vano los pocos hombres de alguna formalidad que tenian el privilegio de aconsejarle trataron de disuadirle de sus proyectos. Neron se dió en espectáculo al pueblo romano. En presencia de los senadores y de cien mil romanos apareció guiando un carro. Grandes masas de aduladores convenientemente apostadas le aplaudieron con un zumbido imitativo del de las abejas.

El conductor de carros se trasformó en cantante de teatro. La lira en la mano aparecia en vastos teatros en Nápoles y en Roma. Infatuado por locas expansiones del entusiasmo popular no aspiró á otra cosa que á los aplausos ruidosos.

Sin embargo, el pueblo, mas sensato que el Príncipe, comprendió que era tan ridículo aplaudir como ser aplaudido. Palidieron las ovaciones, y Neron, enojado, atribuyendo á la falta de instruccion artística del pueblo romano la decadencia del entusiasmo: «Solo el pueblo griego, exclamó, es digno de admirarme.» Un viaje á la Grecia fue acordado. Eligió Acaya por teatro de su exhibicion en la antigua tierra de las bellas artes.

Aplazado el viaje á Acaya, determinó pasar á Alejandría. Un edicto imperial comunicó la resolucion del viaje al pueblo y al ejército. Antes de emprenderlo dirigióse al Capitolio para invocar el patrocinió de los dioses, y de allí pasó al templo de las vestales. Al traspasar sus lindeles un fuerte desvanecimiento le derribó en brazos de sus inmediatos cortesanos. Los augures y adivinos alarmados por aquel accidente aconsejaronle desistiera de su proyecto; las vestales unieron sus plegarias á las de los videntes.

Neron desistió. «Ciudadanos, dijo al pueblo, ningun sentimiento prevalece en mi corazon sobre el amor patrio. Yo he visto en vuestro rostro reflejada la tristeza que os embarga; he oido vuestros secretos lamentos... Gemís al ver empeñado en largo viaje á aquel cuya breve ausencia os trastorna, acostumbrados á sentir refrigerados por su sola vista los sinsabores y los contratiempos de la fortuna. Cedo á vuestros deseos; permaneceré en Roma.»

El comediante y anfitrión quiso figurar como poeta. Sea que él escribiese versos dictados por su propio talento, cuya capacidad le niega Tácito, sea que se apropiara las producciones de los jóvenes contertulios, es innegable que se preocupó de obtener los aplausos de un estenso círculo de literatos, que se gloriaban de sancionar el maridaje mónstruo del amor á las musas con la adulacion al soberano.

La prodigalidad de las riquezas y de la opulencia fue otro síntoma de la depravacion de aquel reinado. Cuando Tiridato vino á Roma en reconocimiento de haberle otorgado la corona de Armenia, destinó 800,000 sestercios, esto es, unas 134,340 pesetas diarias para albergar al Príncipe y demostrarle que el lujo de los césares no se dejaba eclipsar por el de los potentados orientales.

No usaba mas que una sola vez los mas preciosos vestidos, aunque le costaran fabulosas

sumas. En todos sus viajes, por cortos que fueran, iba seguido y precedido de un *convoy* de mas de mil carros.

Por este camino olvidaba el altivo soberano las condiciones de su propia mortalidad. Si bien sabia que estaba léjos de poseer la virtud de los dioses, comprendia que la radiante *aureola* de poder y de gloria, con que se presentaba siempre rodeado, le daba á los ajenos ojos la importancia de una verdadera divinidad. Reunía á sus piés la obediencia, el homenaje y el culto del pueblo.

## XX.

### Desarrollo del Cristianismo en Roma.—Nuevas misiones, gran colecta y prision de san Pablo.

Mientras Neron, ocupado en el goce de sus *epicúreos* placeres, descuidaba la buena administracion de sus estados y comprometia el porvenir de la república, sobre la que imperaba, los cristianos trabajaban con ahinco en propagar y solidar el reino de JESUCRISTO.

En el oscuro barrio *transtiberiano*, donde habitaban muchos de los discípulos de los Apóstoles, ejerciase activa propaganda por medio de la palabra y del ejemplo. Los cristianos plantearon junto con la fe la moral que de la fe emana. La resignacion, la mansedumbre, la humildad, la conformidad á los planes de la Providencia divina, las expansiones de la efusiva caridad, virtudes sinceramente practicadas, crearon una atmósfera de atraccion y de respeto en los lugares en que mas abundaban los fieles al Evangelio. Aquella pequeña sociedad, aquel reducido núcleo social desapercibido de la mayoría de los romanos, formaba un contraste notable con la sociedad pagana, agitada, envilecida, esclava de los caprichos altivos de sus soberanos, que llevaban el orgullo personal hasta aspirar á los honores divinos despues de la muerte. La idolatría era la gloria de los grandes; el vulgo, los pequeños no encontraban en ella sino la degradacion, el envilecimiento.

Llamando al pueblo á la sombra de la Cruz, Pedro santificaba el espíritu de sacrificio y fortalecia la dignidad de los pequeños poniéndolos bajo la égida de Aquel que, siendo él solo grande, quiso empequeñecerse para engrandecer á todos.

La doctrina cristiana atrajo á muchos, que vieron como fruto inmediato de su adopcion el sentimiento de la grandeza propia y la esperanza de la salvacion venidera. Los que estaban cargados venian á buscar alivio á la sombra del Redentor.

¿Qué podian esperar los pobres, qué los esclavos de una sociedad que adoraba solo el lujo, la *crápula*, la gloria? Sin defensa contra la tiranía que los aplastaba, sin preservativo contra las malas pasiones que les gangrenaba el corazon, la única perspectiva del pobre mercenario y del infeliz esclavo era el sufrimiento perpétuo. Veian pasar de mano á mano de los poderosos la copa de oro que rebosaba placeres, que ellos jamás habian podido libar; veian desde la oscuridad de sus tugurios desvencijados, desde el barro mal oliente, de las cuadras en que yacian hacinados, los resplandores que se desbordaban de los mares de luz que contenian los artísticos salones de los grandes señores. Los abyectos eran menos que desgraciados, formaban una raza maldita, separada por insalvable valla. No se conocia la fraternidad de los hombres. Especialmente los esclavos eran cosas, muebles disponibles por el capricho del señor.

Inclinarse hácia los desheredados de la fortuna terrenal y de la gloria olímpica; derramar palabras de consuelo y promesas de gloria á los heridos por el desden social, equivalia á abrir un horizonte de amor para los que no veian sino pavorosas perspectivas de desprecio.

Por esto los pobres, los siervos formaron el principal núcleo de la primitiva Iglesia romana.

Sin embargo, la fe vió acudir á la sombra del altar de Cristo algunas personas distinguidas de la sociedad romana. No fueron muchos los venidos del campo de la aristocracia idolá-

trica al de la religion de JESUCRISTO; empero aquellos pocos equivalian á un gran triunfo.

Todo lo que no pertenecia á la casta nobiliaria repugnaba instintivamente á los grandes de Roma. Colmo de humillacion era para un noble de aquellos dias acercarse al esclavo, como no fuera para mandarle; ¡quién era capaz, con sola la autoridad humana, de convencer á un aristócrata de la necesidad de llamar *hermano* al esclavo, *hermano* al judío; de darle el ósculo efusivo de la paz; de reconocerse su igual, y con frecuencia su inferior!

«En cuanto á los individuos de la plebe, escribió Mr. Maugin, el titulo de ciudadanos les valia alguna mayor estima de parte de los grandes; mas como no se recataban de tratar con los esclavos, de comer, beber y trabajar con ellos, amenguaba esto la simpatía y cordialidad de parte de los nobles... Considerados como corporacion ó estado, los plebeyos imponian cierto respeto, como quiera que en el fondo constituian la mayoría del pueblo romano. El Príncipe necesitaba su apoyo, lo que era suficiente motivo para ser respetados por los grandes. Mas individualmente eran tratados sin ninguna especie de consideracion; sus patronos les arrojaban como si fueran perros las sobras de sus opíparas comidas; les hacian servir de escolta en sus expediciones. Un poderoso del dia, por mas que fuera liberto de la víspera, creíase deshonorado admitiendo á su mesa un quírite.»

Desvanecer estas indignas preocupaciones era empresa superior á las fuerzas humanas. Séneca atrajo sobre sí la oposicion de la aristocracia enseñando que «los esclavos son hombres,» y aconsejando á los señores la dulzura y moderacion en el trato de los siervos. Las palabras del filósofo fueron estériles; la filosofía era impotente para mejorar la moral de una sociedad basada en el egoismo. Sin duda permitió Dios este infructuoso ensayo del filósofo mas sério de aquella época para que apareciera con mayor evidencia la grandiosidad de la obra apostólica.

El primer patricio romano que abrazó la fe, segun antiquísima tradicion, fue Elius Pudens. Opinan algunos historiadores que habia pertenecido al órden senatorial; de todos modos es universalmente reconocida la importancia de aquella casa. ¿Cómo se convirtió? ¿qué incidentes antecedieron y siguieron á su conversion? Hé ahí datos preciosos que probablemente no serán jamás conocidos. Su mujer y sus hijas, Pudencia y Práxedes, abrazaron la fe con su padre.

El nuevo convertido abrió las puertas de su palacio á sus correligionarios. Pedro se hospedó en él en muchas de sus estancias en la capital del imperio, que ya lo era tambien de la cristiandad. Aquel palacio afortunado era el verdadero Vaticano de hoy; allí estaba Pedro vivo, como en el Vaticano de hoy están las cenizas de Pedro, y la augusta personificacion de Pedro. En aquel palacio iban los Apóstoles y los Obispos del orbe á tomar instrucciones de su Príncipe; como hoy los Obispos de la redondez de la tierra van á buscarlos en el Vaticano. Aquel palacio fue despues el primer templo erigido en Roma; lugar santificado por el espíritu de Dios, que cada dia descendia allí para fortalecer los mensajeros de JESÚS; por las ceremonias religiosas que allí se efectuaban; por ser el primer alcázar de aquella Babilonia en la que fueron derribados los lares y penates de sus aras para erigir un solo altar al solo Dios verdadero.

La imaginacion cristiana ha creado hermosas leyendas sobre los sucesos trascurridos en la casa de Pudens; páginas atractivas, leídas con creciente aficion por la piedad curiosa; novelas edificantes que veriamos complacidos en manos de la literata juventud. Empero el carácter rígido de la historia que trazamos no consiente consignar aquí las creaciones de la poesía.

La cristiandad cada dia era mas numerosa, los vastos salones del ilustre patrono no podian contener la muchedumbre de fieles.

Entonces una dama tambien distinguida ofreció á Pedro su casa espaciosa. El palacio de Euprepia fue el segundo templo consagrado á Dios en la ciudad de los ídolos.

Es probable que los cristianos serian divididos en dos grupos, y que cada grupo tuviera respectivamente asignado su palacio de Pudens ó de Euprepia para congregarse; que al frente

de cada una de aquellas dos parroquias primitivas Pedro colocaria un discípulo de su especial confianza; este es el parecer de Baronius en sus *Anales eclesiásticos*.

Otra dama influyente conquistó la cristiandad en aquella época primitiva. Pomponia Grechina, mujer de Sextus Plantus, comandante á la sazón del ejército que operaba en Bretaña, se declaró discípula de JESUCRISTO. Tácito lo consigna en su historia.

Racionales hipótesis dan el filósofo de la historia camino para obtener una explicación probable de los móviles que condujeron á Pomponia á la verdadera fe. Tenia aquella ilustre cristiana amistad íntima con Julia, hija de Drusus, bárbaramente sacrificado por la infame Mesalina. Su familiaridad con la corte la hizo conocer los detalles de las trágicas escenas cuyo desenlace fue el sacrificio de la víctima inocente. Las corrupciones de la corte sensualista oprimieron el corazón de la esposa de Plantus, cuya nobleza de alma no podia transigir con el envilecimiento de la sociedad, que quemaba el incienso de la adulación ante la perversidad triunfante. El sacrificio de su amiga le hizo insoportable el trato con aquella corte criminal. Retiróse del bullicio de las pasiones romanas, y en su voluntaria soledad envióle Dios algun mensajero de Pedro, quizá Pedro mismo.

La sociedad cristiana de la casa de Pudens se adaptó desde luego mas á las disposiciones de su espíritu bien preparado por el supremo cultivador de las almas.

Su duelo constante, su retiro, el género de vida abstraído que guardaba, despertaron las sospechas de los agentes de Neron, ante quien fue acusada de profesar *una superstición extranjera*.

Conforme á las leyes entonces vigentes la inculpación fue elevada al juicio de su marido.

Sextus Plantus tendria ilimitada confianza en la moralidad de su esposa; quizá ella, antes que los acusadores, le abriera las puertas de su corazón haciéndole participante de sus nuevos sentimientos religiosos; es indudable que Plantus no se alarmó; que los principios religiosos de Pomponia no aparecieron condenables á sus ojos, que en el consejo de familia reunido para juzgarla el esposo la declaró inocente; y Pomponia, protegida por el *verdicto* de su esposo y juez, seguia profesando las máximas de moralidad evangélica, mereciendo, segun testimonio de Tácito, el aprecio y la admiración de los mismos paganos, que atribuian al recuerdo de la amistad y de la desgracia de Julia su triste y sombría actitud.

Tuvo en aquella época la cristiandad romana fortuna providencial de verse honrada con la adhesión de las personas mas íntegras que se conocian en aquella ciudad depravada; cuya circunstancia favoreció el creciente prestigio de la Iglesia.

Pedro no descuidaba desde Roma la vigilancia de las iglesias diseminadas; á ellas, y especialmente á los extranjeros elegidos dispersos en el Ponto, la Galacia, la Capadocia, el Asia y la Bitinia escribió en aquellos días su primera y magistral carta.

No nos incumbe analizar los escritos de los Apóstoles, mártires y perseguidos en esta obra; no obstante, lícito nos es consignar que en este y en el otro documento de la misma índole expedido por Pedro descuella un tono de majestad y de autoridad, que revelan el verdadero pastorado, el pastorado supremo. Nótase una fijeza, una universalidad, una catolicidad de doctrina, un aplomo tan seguro, una luz tan intensa, un acento tan dominador, que se reconoce en su todo y en sus partes el lenguaje de la soberanía, la voz del pontificado.

«...Ahora por un poco de tiempo conviene que seais afligidos por varias tentaciones, decia, para que vuestra fe, probada de esta manera y mucho mas acendrada que el oro, que se acrisola en el fuego, se halle digna de alabanza, de honor y de gloria en la venida manifiesta de JESUCRISTO. A quien amais, con todo que no le habeis visto; en quien ahora igualmente creeis, aunque no le veis; mas porque creeis os holgareis con júbilo indecible y colmado de gloria; alcanzando por premio de vuestra fe la salud de vuestras almas.

«De la cual salud inquirieron é indagaron los profetas, los cuales renunciaron la gracia que habia de haber en vosotros; escudriñando para cuándo, para qué punto de tiempo se lo daba á entender el Espíritu de CRISTO que tenian dentro, cuando les predecia los tormentos

que padeció CRISTO y las glorias que le seguirian; á los cuales fue revelado que no para sí mismos, sino para vosotros administraban ó *profetizaban* las cosas que ahora se os han anunciado por medio de los que os predicán el Evangelio, habiendo sido enviado del cielo el Espíritu Santo; en cuyas cosas los ángeles desean penetrar con su vista.

«Por la cual, bien apercebido y morigerado vuestro ánimo, tened perfecta esperanza en la gracia que se os ofrece hasta la manifestacion de JESUCRISTO, como hijos obedientes; no conformándoos ya con los apetitos que teníais antes en vuestra ignorancia, sino que conforme á la santidad del que os llamó sed también vosotros santos en todo vuestro proceder: pues, está escrito: santos habeis de ser, porque yo soy santo (1).»

Con pena suspendemos la cita aquí. Ideas de sorprendente sublimidad fluyen de aquella inteligencia pastoral, elevando los entendimientos de los cristianos, así sábios como ignorantes, á una region teológica y moral, inaccesible á los esfuerzos de los genios que hasta entonces se atrevieron á ocuparse de asuntos religiosos.

Principios, raciocinio, afectos, lenguaje, todo es nuevo en aquellas páginas, cuya sagrada inspiracion se revela á la primera lectura.

¿Cuando habian oido las gentes humildes y desheredadas, sobre todo en aquella época de odiosos privilegios, palabras semejantes á estas: «Vosotros, al contrario, sois el linaje escogido, una clase de sacerdotes reyes, gente santa, pueblo de conquista, para publicar las grandezas de Aquel que os sacó de las tinieblas á su luz admirable; vosotros, que antes no érais pueblo y ahora sois el pueblo de Dios (2)?...»

¿Es que la elocuencia de Ciceron ó la filosofia de Séneca emitieron jamás ideas tan sublimes en conceptos tan inspirados?

Hablamos con noble ingenuidad; nada hemos encontrado á esto comparable.

Y esto lo escribia Pedro desde Roma envilecida, subordinada á los caprichos de los poderosos, cuya vida vamos trazando imparcialmente.

¿Debe sorprendernos que cuanto quedaba sano é íntegro en aquella sociedad abriera los ojos á la luz que orientaba, y se precipitara á los piés del nuevo ministerio?

Mientras los cristianos, que pudieron permanecer en Roma á pesar de la expulsion decretada en tiempo de Claudio, reorganizaban los restos dispersos de la cristiandad y veíanla crecer con mas robustez y lozanía, Pablo, impulsado por su espíritu eminentemente propagandista, llevaba adelante su obra apostólica.

Habiase dicho, y aun hay quien sostiene pertinazmente que Pablo era adverso á la Iglesia de Jerusalem. Pretension maliciosa, refutada sin efugio por hechos indiscutibles. Lo que vamos á relatar bastaria por sí solo para derribar todas las ilusiones y calumnias basadas en protervas suposiciones.

Sabiendo que los fieles de Jerusalem sufrían las incomodidades y perjuicios de la escasez de medios pecuniarios trató de emplear su influencia en los países por él evangelizados para llevar á sus hermanos en la fe un socorro digno de su generosa alma. Las cristiandades de Asia y de Grecia recibieron invitacion cordial de socorrer con la limosna á los sufrientes jerosolimitanos. «Vosotros sois sus deudores, decia á sus fieles Pablo; si los gentiles son partícipes de los santos de Judea en el orden espiritual, nada mas natural que les correspondan con sus bienes materiales.»

¿Quién de buena fe, despues de leído este testimonio, sostendrá la dualidad de espíritu entre el apostolado de Jerusalem y el de los gentiles?

Pablo organizó con admirable tino la recaudacion. Creyó que si en las iglesias de Grecia se esperaba su llegada para la colecta no daria grandes resultados. Tuvo, pues, la precision de disponer que todos los domingos cada uno reservara en su casa un ahorro proporcionado á

(1) Carta primera.

(2) Ibid.

sus medios con destino al gran acto de caridad. Este pequeño tesoro debía aumentar progresivamente hasta el día en que debería disponerse de él.

Entonces las iglesias elegirían diputados que, provistos de cartas de recomendación de Pablo, llevarían los presentes de la cristiandad entera á la santa ciudad. Pablo mismo se ofrecía á acompañar personalmente las diputaciones, dado que se lo permitieran sus apostólicas tareas.

Una emulación benéfica, sábiamente inflamada por el gran maestro en el arte de dirigir las alma, tenía en expectativa á la cristiandad entera; este pensamiento hacia latir todos los corazones.

Era el primer espectáculo de íntima fraternidad que ofrecía el mundo entre pueblos que no se conocían. La grandiosidad de este comunismo acrecentaba el amor á la fe, que lo producía hasta á la efervescencia del entusiasmo.

Llegado el momento oportuno Pablo y las diputaciones de sus iglesias se dirigieron en peregrinación á la santa ciudad de Jerusalem. El itinerario recorrido fue sembrado de ejemplos de la edificación mas alta. Quince ó veinte leguas se recorrían diariamente. Pablo visitó en aquella ocasión varias iglesias, entre ellas Mileto y Efeso; Tyro y Ptolemaida volvieron á escuchar su palabra cautivadora. En Cesarea el profeta Agab se le presentó anunciándole los graves peligros y amarguras que le aguardaban en Jerusalem. Los amigos de Pablo, aterrorizados por la solemnidad del anuncio, trataban de disuadirle de proseguir su viaje, mas el Apóstol era inquebrantable en sus resoluciones.

Algunos días antes de Pentecostes del año 58 Pablo entró en Jerusalem; y al día siguiente presentó á los diputados portadores de los tesoros recogidos á Santiago, que seguían ejerciendo el episcopado jerosolimitano.

Aquella edificante entrevista es otro mentís eterno á los que sostienen el dualismo apostólico. Nada puede concebirse tan espontáneo como la gran colecta efectuada por Pablo á favor de la grey de Santiago. Los tesoros reunidos por el Oriente equivalían á tantas gotas de sudor vertidas por Pablo para reunirlos, como dragmas contaba el generoso *donativum* ofrecido y aceptado.

Cada acto del genio apostólico de Pablo producía una nueva efervescencia en el judaismo protervo.

La gran colecta produjo en Jerusalem el efecto de la explosión de un volcán. Tantas limosnas llovidas de lejanos y desconocidos pueblos comparábanse á lluvias de amor, venidas de nubes misteriosas. Del soplo de Pablo eran hijas aquellas tempestades de caridad.

El partido de la Sinagoga se exasperó, y tomando por pretexto el que Pablo había profanado el templo entrando en él acompañado con el incircunciso Trófimo de Efeso, formóse pavoroso motín á los gritos de «Zocono, fuera de Israel; este es el que declama por todas partes contra el pueblo judío, contra la ley y contra este santo lugar.» Apoderáronse de Pablo é iban á arrastrarle, cuando intervino la autoridad romana, representada en Jerusalem por Claudio Lysias, tribuno de la cohorte de guarnición, que residía en la torre Antonia al Nordeste del templo.

El tribuno arrancó á Pablo de manos de las turbas, y reputándole causa del motín, mandó se le atara á una columna para azotarle. Entonces el Apóstol reclamó sus derechos de ciudadanía romana, y la ejecución fue suspendida.

Lysias convocó al sumo sacerdote y al Sanhedrin para informarse sobre la índole de las acusaciones formuladas contra Pablo. Hubo de comprender el tribuno que se trataba de con-sumar un crimen semejante al del asesinato de Estéban y de Santiago el Mayor, y tratando de impedirlo envió al amenazado preso custodiado por fuerte escolta á Cesarea, donde residía el procurador de la Judea.

Investido de las altas prerogativas de la soberana procura estaba entonces Félix, de quien ha sido escrito que tenía «poderes de rey y alma de esclavo.» Era liberto de Claudio, her-

mano de Pallas que hemos visto mezcládo en las intrigas palaciegas de Agrippina y Neron. Hablaban los judíos de la inmoralidad administrativa de Félix como de cosa incontrovertible.

Félix trató de sacar un buen rescate de su nuevo prisionero; pues sabedor de las grandes sumas recogidas por su influencia esperaba convertir en provechoso botín la generosidad de los adictos. Pablo prefirió seguir encarcelado y encadenado á comprar una libertad que le pertenecía de derecho, mayormente pudiendo desde la cárcel enviar saludables instrucciones á sus queridas iglesias.

Dos años estuvo Pablo detenido en Cesarea bajo el poder de Félix, y mas se hubiera prolongado su detencion allí, sin el relevo de Félix por Porcius Festus, acaecido en agosto del año 59.

El gran sacerdote y el partido saduceo al felicitar á Festus por su encumbramiento oficial, le suplicaron enviara á Pablo á Jerusalem, con ánimo de asesinarle.

Al saberlo Pablo pronunció la fórmula sacramental de los acusados romanos: «Invoco el emperador.» Festus no se atrevió á pisotear los derechos de un ciudadano. En verdad, los romanos profesaban íntimo respeto á las protecciones acordadas bajo la égida de la ley. Despues de aquella invocacion judicial Pablo tenia derecho á ser conducido á Roma; Festus le contestó: «Como quiera que has invocado al César, ante el César comparecerás.»

Embarazaba al procurador la fórmula con que debia comunicar á César la remision de aquel excepcional cautivo. Afortunadamente para Festus llegó Agrippa, rey de los judíos, á quien el vacilante funcionario comunicó el asunto que le traia perplejo. El rey quiso celebrar una entrevista con Pablo, quien se declaró sin embozo cristiano; habló con tanta dignidad, firmeza y conviccion, que Agrippa concluida la conferencia dijo á Festus: «¡Vaya un hombre, á poco mas que hable me persuade de hacerme cristiano; si no hubiera apelado á César, podríamos darle la libertad.»

Pablo no pretendia evadir el viaje á Roma. Desde mucho tiempo deseaba visitar aquella fervorosa cristiandad, y le halagaba la idea de entrar en Roma prisionero por CRISTO.

De otra manera, persistiendo algo en su inocencia, rovocando voluntariamente su apelacion á César y teniendo como tenia favorable el ánimo de Agrippa, el negocio se hubiera arreglado con facilidad suma.

Poco tiempo despues de estas deliberaciones salió Pablo de Cesarea para Roma, junto con otros prisioneros, bajo las órdenes de un centurion de la cohorte *prima Augusta Itálica*, llamado Julio; iban con él Lucas, Timoteo, Aristarco, Silas, Epaphras y Tychico.

## XXI.

### Viaje y permanencia del prisionero Pablo en Roma.

Calcúlase que la partida del ilustre prisionero aconteció el año 59 de nuestra era, tercero del imperio de Neron. Mientras este preparaba el parricidio cruel de su madre y el Senado aplaudia aquel extraordinario crimen, el Apóstol, rebosante el alma de sentimientos de caridad, se hacia cautivo voluntario para llevar la libertad del Evangelio á la ciudad oprimida por la idolatría.

El viaje empezó con todas las contrariedades imaginables para la navegacion. Al cabo de muchos dias no habia podido llegarse mas allá de la altura de Gnido. El capitán intentó ganar el puerto, pero rechazado por el viento Nordeste hubo de dejarse empujar hacia la isla de Creta. Reconocieron pronto el cabo Salmone, especie de barrera del Mediterráneo, abrigo seguro contra las tempestades procedentes del archipiélago.

El capitán, ladeándose hácia allí, costeó la parte oriental de la isla entrando en las aguas

del Sur, ancló en una especie de puerto, cerrado por un islote, y suficientemente flanqueado para garantizarles seguridad.

Despues de un prolongado descanso determinóse emprender el viaje hácia el puerto Phonix, mas de repente desencadenóse por el Oeste un huracan, llamado por los marinos *Euraquilon*.

El buque, entregado á la violencia de la tempestad, empezó á ser juguete de las olas. Durante catorce dias el fantasma de un desastroso é inminente naufragio tuvo consternadas las doscientas setenta y seis personas que tripulaban el buque. Solo Pablo permanecia sereno en medio de tantas nubes, calmoso al través de tanta tormenta, impasible entre los gemidos y angustias de todos. Preguntado por la razon de su imperturbabilidad «es que, contestó, el ángel del Señor me ha dicho que el buque perecerá; pero todos los viajeros seremos salvos.»



NERON.

La carga, los equipajes, los arreos de la nave habian sido arrojados al mar.

Una noche los marinos creyeron reconocer tierra. La sonda dió veinte brazas, poco despues quince. Creyóse que se iba á dar con los arrecifes que allí abundan; echáronse cuatro anclas á popa y amarróse el timon para esperar la luz del dia. Los marineros intentaron evadirse en la lancha, mas los soldados, advertidos por Pablo, lo impidieron.

Al amanecer reconocióse la vecina tierra. Una playa de finísima arena estaba contigua; decidióse encallar en ella el buque. Pronto hundida la proa en aquella arena y azotada la popa por las olas gigantescas llegó la hora de abandonarlo.

Los soldados ante la posibilidad de que los prisioneros aprovecharan la confusion del desembarque para evadirse propusieron se les matara; pero Julio se opuso á esta bárbara medida, dió libertad á todos para salvarse á nado.

Habíase llegado á Melita, ahora Malta. Los naturales de aquella isla desplegaron para con los náufragos los sentimientos de la mas noble hospitalidad.

Pablo se hizo notable á causa de los prodigios que el Señor obraba por él. Al coger un pu-

ñado de hojas para alimentar el fuego, fue mordido por una víbora venenosa; creyósele perdido, pero el Apóstol invocó el nombre de Jesús y fue instantáneamente curado. El padre de Publio, gobernador de la isla, enfermo de muerte, recibió también pronta y completa salud. La isla entera se conmovió ante la virtud de Pablo, á cuya presencia acudían todos los dolientes y eran aliviados.

Por toda paga Pablo les suplicaba escucharan las máximas del Evangelio.

Después de permanecer tres meses en aquella isla los naufragos se embarcaron en un buque alejandrino, llamado *Castor y Polux*, dirigieronse á Siracusa y Reggio, y de allí á Puzzola, donde desembarcaron.

Una pequeña cristiandad se habia formado en Puzzola, que recibió á Pablo con inexplicable entusiasmo. Siete dias pasó el cautivo, gracias á la condescendencia del centurion, hablando á sus hermanos en la fe de las cosas acontecidas en su largo apostolado.

Entre tanto la Iglesia de Roma, sabedora de la llegada de aquella gloria viva de la fe, nombró diputaciones que le salieran al paso. En el *Forum Apius* y en las «tres tabernas» encontró los escogidos de aquella ilustre y acrisolada falange de confesores.

La entrada de Pablo á la ciudad de los césares presentó las circunstancias de un verdadero triunfo.

El tribuno Julio, que habia estado complaciente con su cautivo durante el viaje, le acompañó al prefecto del pretorio, que era Burrhus, personaje importante, del que nos hemos ocupado. Este, enterado por los documentos remitidos por Festus y Agrippa de la clase de acusacion que motivaba el proceso, lo juzgó una pura formalidad, y se limitó á señalar domicilio al preso y á consignarle un guarda, hasta que Neron se sirviera ocuparse de aquel *insignificante* asunto.

Pablo entró en Roma por el mes de marzo del año 61.

Ignoramos si Pablo era libre de salir de su domicilio; pero está fuera de toda duda que dentro de él gozaba perfecta libertad de recibimiento y hasta de propaganda.

Uno de los primeros actos del Apóstol fue invitar á los judíos, que en gran número habian regresado á Roma después de la espulsion, para enterarles de la causa de su cautiverio. Los congregados declararon ignorar los detalles del proceso y que no sabian nada mas desfavorable á su persona que lo referente á su adhesión á una secta prohibida. Entonces Pablo les espuso la doctrina cristiana. Algunos judíos se convencieron de la verdad; la mayoría persistió en los errores judaicos. Viendo la tenacidad de estos les dijo, que ellos rechazaban la luz; que los gentiles no la rechazarian; que él era llamado á evangelizar á las naciones.

Al salir de aquella convocatoria los judíos disputaron calurosamente sobre lo que en ella habian oido.

Pablo se relacionó cariñosamente con la familia Pudens y los demás cristianos. Hablóse de varias conversiones efectuadas por su ministerio, especialmente de una ilustre dama romana, que unos quieren fuera Poppea Sabina y otros Actea, y también de un liberto notable llamado Torpes, que después selló con el martirio la fidelidad al Evangelio. Tenia Pablo relaciones íntimas con la casa del Emperador, en cuya servidumbre se contaban ya algunos cristianos, según lo atestiguan estas palabras de la carta á los filipenses: «todos los santos os saludan; *mas principalmente los que habitan en la casa del César.*»

Los filipenses al saber el cautiverio del Apóstol le enviaron, por conducto de su obispo Epafrodita, considerables recursos, que les valieron la cariñosa carta, glorioso documento, sagrado tesoro doctrinal admitido y apreciado por la universal Iglesia.

Durante su detencion Pablo, además de esta carta, escribió otras á los colosenses, á los efesios, á los hebreos y á Filemon.

Aunque Pablo fue á Roma para comparecer ante el César, no fue pronto juzgado; sea porque Neron, atareado con sus proyectos criminales y sensualistas no encontrara tiempo á propósito para ocuparse de un insignificante judío, sea porque Burrhus y Séneca aplazaron la

comparacencia esperando un momento propicio para obtener la liberacion del detenido, sin causarle nuevas molestias y aun evitándole ciertos peligros inherentes al carácter de Neron.

De todos modos, Pablo, comprendido en la amnistía acordada por el César despues del asesinato de su madre, con cuyo acto de clemencia quiso borrar la memoria de su crueldad, alcanzó el término de su cautiverio.

Respecto á los detalles del proceso que naturalmente debió formarse á Pablo, reina grande oscuridad en la historia. En la segunda carta á Timoteo habla el Apóstol de una primera defensa sostenida victoriosamente, como no podia menos de serlo. La causa de Pablo no era de índole alarmante para los romanos. Galion le habia absuelto en Corinto, Lysias en Jerusalem, dos procuradores imperiales en Cesarea. Los judíos le acusaban de combatir las costumbres y blasfemar de la religion mosaica, turbando la paz pública.

Este último extremo era el único que podia interesar á los romanos, pero sobre esto Pablo era esplicito. El habia predicado siempre el respeto á las autoridades constituidas y á las leyes vigentes. Festus, que le envió á Roma, el centurion que le custodió durante el viaje atestiguaron la fidelidad del acusado.

Quedaba, pues, solo en pié la acusacion religiosa. Mas en este terreno el César abrigaba pocos escrúpulos, ¿qué habia de importarle al jefe nato del paganismo la mayor ó menor ortodoxia de un judío? El poder público, dice Mr. Aubé, no tenia la mision de vigilar la pureza de las tradiciones religiosas de los países sometidos. El resultado fue satisfactorio, segun se desprende de estas palabras á Timoteo: «El Señor me ha fortalecido á fin de que mi predicacion fuese eficaz, que los gentiles la atendieran, y que yo saliese incólume de la garganta del leon.»

Se debate entre los críticos la cuestion histórica sobre si Pablo tuvo relaciones doctrinales con Séneca.

No nos incumbe sondear este tema de serias deliberaciones, ni evocar pruebas favorables y contradictorias sobre este punto; mas creemos oportuno consignar una reflexion.

Séneca era amigo y colega de Burrhus; este tuvo conocimiento del carácter y de las pretensiones doctrinales de Pablo, por el proceso que sobre él le remitieron Festus y Agrippa. La permanencia de Pablo produjo gran sensacion en las colonias judía y cristiana en Roma residentes. Tratábase de una doctrina religiosa, y por lo tanto filosófica. Un filósofo observador como Séneca, sabiendo la presencia en Roma de un doctor de la nueva escuela, de la talla de Pablo, y habia de saberla, ya por su amistad con Burrhus, ya por la emocion de las mismas predicaciones de aquel, ¿era regular que renunciara la ocasion de escuchar por autorizados labios vertido el Cristianismo que orientaba? Resístesenos, en verdad, suponer en un filósofo del carácter de Séneca semejante indiferentismo doctrinal.

No, no se hizo cristiano Séneca. Su muerte distó mucho de ser la de un discípulo de JESUCRISTO; sus doctrinas están lejos de las del Evangelio; creemos no obstante que Séneca y Pablo se vieron en Roma; que el filósofo y el Apóstol se hablaron.

## XXII.

### Martirio del Apóstol Santiago el Menor, Obispo de Jerusalem.

Mientras Pablo recobraba la libertad y Neron daba expansion ilimitada á sus caprichos, en Jerusalem los judíos inmolaban una víctima preciosa en aras del cruel apasionamiento. Una de las tres principales columnas de la Iglesia era Santiago el Menor. Segun tradicion antigua Jesús reveló á tres discípulos privilegiados el *gnosis*, esto es, la alta inteligencia de su doctrina, haciéndoles como centro de la ilustracion evangélica (1). Lo indudable es que el Sal-

(1) Clem. Alep. ap. Euseb.

vador resucitado se reveló á Santiago en una aparicion especial. Conociásele con el particular calificativo de «hermano del Señor.» Su madre, hermana de la Madre de Dios, llevaba igual nombre que esta. Era la *altera Maria*, que citan los Evangelios asistiendo á la sangrienta escena del Gólgota. Cinco hijos tuvo de su matrimonio con Cleophas ó Alfeo, y fueran Santiago, Judas, Simon, Joses ó José y una hija.

Al fallecimiento de Cleophas ó Alfeo, José, el padre nutritivo de JESÚS, recibió en su casa á la viuda y á sus hijos, viviendo ambas familias en santa y compacta union. Los primos y demás parientes de JESÚS se consideraban como hermanos y hermanas, segun costumbre de los judíos, los cuales daban mayor laxitud que nosotros á la palabra hermano.

Indica Hegesipo que Alfeo era hermano de José, en cuya caso, los dos hermanos se hubieran casado con dos hermanas; y así, adoptando José los hijos de su hermano difunto hubiera observado fielmente la costumbre vigente entonces entre los judíos.

De estos hermanos, esto es, primos, de JESÚS, Santiago y Judas fueron admitidos en el número de los Apóstoles, aunque Simon y Joses no disfrutaron este privilegio, á causa de haberse resistido por algun tiempo á reconocer la dignidad mesiánica de su augusto Primo. Mas ilustrados por los portentos sucesivos tomaron una parte activa en la propagacion del Evangelio.

Santiago, á causa de su piedad, del celo y exactitud en la observancia de los preceptos tradicionales del pueblo judío gozó constante influencia sobre sus compatriotas. La omnimoda confianza que merecia á los probos y honrados hebreos daba mucha autoridad á sus opiniones y doctrinas. Dios se valió de él para atraer á muchos ilusos al reconocimiento de la divinidad de su Hijo JESÚS. Santiago era la puerta por la que los hijos de Israel entraban en la sagrada arca del Cristianismo.

De todos los Apóstoles quizá Santiago era el que mortificaba mas á la Sinagoga, y por lo tanto el blanco principal de sus calumnias y asechanzas. Santiago y Pablo introdujeron realmente la desconfianza y el desfallecimiento en las filas de los recalcitrantes judíos; porque en ambas veian sus antiguos correligionarios una especial ostentacion del espíritu de Moisés, que, como es sabido, JESÚS vino á esclarecer, no á ofuscar.

Varias veces intentó la Sinagoga deshacerse del hombre que tan perjudicial influencia ejercia en sus súbditos; pero la intervencion de la autoridad romana desbarataba sus planes inicuos. Aconteció que muerto Festus, procurador del César en Judea, fue nombrado para sustituirlo Albinus. En el interregno, ó período de la vacante de aquella dignidad, Ananías, que revestia el supremo sacerdocio judaico, tramó una conjuracion espantosa contra el Obispo de Jerusalem.

Eran los dias de la Pascua; judíos de varias sectas procedentes habian consultado á Santiago sobre varios puntos litigados, el Obispo de Jerusalem resolvia sus dudas y disidencias convenciéndoles de que Moisés y los profetas habian visto cumplidos el objetivo de su ley y los anuncios, base de las antiguas esperanzas; que JESÚS era el Enviado por el Padre, el único Salvador verdadero. Muchos se convertian.

Los doctores de la ley, indignados por el proselitismo de Santiago, fueron á su encuentro suplicándole que en obsequio de la paz, cortara el vuelo á la defeccion del judaismo y, aprovechando la reunion de forasteros en la capital, pronunciara desde el templo algunas palabras atenuantes de sus anteriores declaraciones, «os conjuramos á ello, le dijeron, emplead el prestigio que os da sobre el pueblo la santidad de vuestra vida para disuadirle de adoptar estas novedades peligrosas, que á tantos han ya pervertido. Apelamos á vuestra probidad. Sabemos que sois inasequible al interés y á la gloria. Os hablamos en nombre de los intereses religiosos del país.»

Conducido á una altura del templo, los ancianos le dijeron: «Varon santo, hablad; el pueblo desea conocer vuestro pensamiento sobre el Crucificado; explicaos, vuestras palabras serán para el pueblo y para nosotros otros tantos oráculos expresados por boca de la misma verdad.»

La Sinagoga pronto vió disipada su última ilusión.

«¿Por qué me interpelais, exclamó el Obispo de Jerusalem, porque me interpelais acerca de JESÚS, hijo del hombre? Sabed que Él esta sentado á la derecha de Dios omnipotente y que ha de venir en medio de nubes á juzgar el universo.»

Inmensa conmocion produjeron estas palabras inesperadas. Los cristianos exclamaron unánimes: «Gloria á JESÚS, honra sempiterna al Hijo de David.» Los fariseos y los doctores de la ley irritados prorrumplieron en un grito de venganza. Y otros sorprendidos se decian: «¿qué? ¡hasta el hombre de Dios ha prevaricado!»

Un doctor de la Sinagoga gritó, dominando el tumulto: «Apedreadle.» «Sí, apedreadle,» contestaron todos.

Santiago derribado desde la plataforma del templo, herido gravemente, tuvo fuerza aun para postrarse de rodillas, elevar los trémulos brazos y exclamar: «Señor JESÚS, perdonadles.»

La actitud mansa de la víctima, apreciada de todos los judíos de buena fe, produjo una escision en la masa de sus rivales. «Perdonémosle á él,» decian unos; «no, otros replicaban, el judaismo exige un castigo ejemplar.»

Una lluvia de piedras cayó sobre el exánime Apóstol, cuya cabeza aplastó un enorme golpe de mazo descargado por un brazo impío entre los impíos.

La muerte de Santiago produjo sensacion en Jerusalem. El mártir era allí universalmente querido y respetado. Cási todos los cristianos le debian la fe; los judíos le eran deudores de inmensos actos de beneficencia. El historiador Eusebio cita un pasaje de Josefo, en el que, hablando del sitio de Jerusalem, dice: «Esto lo sufrieron los judíos á causa de Santiago, hermano de JESÚS, apellidado el CRISTO, que ellos mataron, á pesar de ser unánimemente reconocida su acrisolada probidad.»

El descontento causado por la intolerancia del Sanhedrin, y el bárbaro proceder de sus agentes contra un justo universalmente querido como Santiago, se tradujo pronto en hechos. Algunas personas notables de Jerusalem presentáronse á Agrippa denunciándole unos hechos injustificables, cuya responsabilidad pesaba sobre Ananías. Al mismo tiempo Albinus, llegado ya, recibió las protestas de algunos ancianos contra el proceder del sumo sacerdote, que congregó el Sanhedrin sin obtener los consentimientos previos que la ley exigia. Albinus escribió con aquel motivo una carta de reprobacion á Ananías, y Agrippa poco despues le destituyó de la sacrificatura máxima, sustituyéndole en aquella grande dignidad por un tal Jesus hijo de Damneus.

Estos hechos evidencian la importancia y la estima de que disfrutaba en Jerusalem el Obispo de los cristianos.

Y bien merecida tenia aquel justo la sólida reputacion de que disfrutaba. A su piedad acendradísima unia elevadísimo criterio. Hubo y hay empeño por parte de los que pretenden la existencia de un dualismo de espíritu entre los Apóstoles, en rebajar el carácter y la nobleza de Santiago. No faltan historiadores que han puesto especial empeño en pintarnos cierta mezquindad de miras y bajeza de ánimo en aquel digno *hermano del Señor*.

El racionalista Renan ha escrito: «Santiago era un hombre respetable, pero poseido de un espíritu mezquino que seguramente JESÚS hubiera censurado á haberle conocido tal como se nos representa... Lo que hay de cierto es que el personaje que se llama Santiago, hermano del Señor, ó Santiago el Justo, era en la Iglesia de Jerusalem la personificacion del partido judío mas intolerante. Mientras que los Apóstoles activos corrian el mundo conquistando almas, el hermano de JESÚS en Jerusalem hacia cuanto le era posible para destruir su obra, contradiciendo á JESÚS despues de su muerte de una manera mas profunda que lo habia hecho en vida... Lo que mas irritaba era esta oposicion que se hacia á la propaganda. Como los judíos de la estricta observancia, los partidarios de Santiago no querian que se hicieran prosélitos (1).»

(1) *Vida de San Pablo*, por Renan.

Estas altisonantes afirmaciones vienen refutadas por la historia y por los escritos del ilustre Apóstol.

¿Quién martirizó á Santiago? El partido judío intransigente. Luego no existía la especie de mancomunidad de espíritu que Renan y sus antecesores en la crítica anticristiana pretenden. ¿Por qué los partidarios de la Sinagoga martirizaron á Santiago? Porque este confesó la divinidad de JESUCRISTO y el futuro juicio del género humano por JESUCRISTO. Luego no le molestaba, no podía molestarle la propaganda de la fe.

¡Que el espíritu de Santiago era mezquino! ¡que formaba la mezquindad de su carácter contraste con la generosidad del corazón de JESÚS! Gratuitas aseveraciones que vamos á confundir con documentos incontrarrestables. En la carta de Santiago, que forma parte de la sagrada Biblia, aborda con varonil denuedo una de las cuestiones más espinosas para ser dilucidada por un espíritu apocado. Y ¿en qué sentido la resuelve? Léase y dedúzcase. Tratábase de la cuestión social, planteada en aquellos días en Jerusalem como en Roma, en Atenas como en Cartago. Hé ahí como se expresó el Obispo «de mezquino criterio:»

«Hermanos míos, no intentéis conciliar la fe de nuestro glorioso Señor JESUCRISTO con la acepción de personas.

«Porque si entrando en vuestra congregación un hombre con sortija de oro y ropa preciosa, y entrando al mismo tiempo un pobre con un mal vestido, poneis los ojos en el que viene con un vestido brillante y le decís: Siéntate tú aquí en este buen lugar, diciendo, por el contrario, al pobre: Tú estate allí en pié, ó siéntate acá á mis piés, ¿no es claro que formáis un tribunal dentro de vosotros mismos y os haceis jueces de sentencias injustas?

«Oid, hermanos míos, ¿no es verdad que Dios eligió á los pobres en este mundo para hacerles ricos en la fe y herederos del reino que tiene prometido á los que le aman?

«Vosotros, al contrario, habeis afrentado al pobre. ¿No son los ricos los que os tiranizan y no son estos mismos los que os arrastran á los tribunales? ¿No es blasfemado por ellos el buen nombre (de CRISTO) que fue sobre vosotros invocado?

«Si es que cumplís la ley régia (de la caridad) conforme á las Escrituras: Amarás á tu prójimo como á tí mismo, bien haceis. Pero si sois aceptadores de personas cometeis un pecado, siendo reprendido por la ley como á trasgresores (1).»

El autor de estas palabras no podía tener mezquino espíritu. Ellas están del todo conformes con el criterio que normalizaba los escritos de Pablo. La doctrina sobre la necesidad de armonizar la fe con las obras para obtener la salvación sirve de fundamento á las enseñanzas teológicas sobre este punto, respecto al cual vése también la más completa conformidad entre Santiago y Pablo.

Santiago era sin duda el Apóstol de privilegiado talento en la escuela que podemos llamar jerosolimitana. Gracias á esto y á su edificantísima conducta ejerció verdadera influencia en la moral y administración de la cristiandad, hasta el punto de haber sido considerado como el doctor cuyas sentencias ú opiniones eran decisivas, salvo el derecho supremo del Príncipe de los Apóstoles, cuyo hombre de íntima confianza era.

Si los sostenedores del dualismo apostólico se tomaran la pena de comparar la epístola de Santiago con las de Pablo, reconocerían la más perfecta unidad doctrinal y moral en los jefes respectivos de las dos escuelas. Las enseñanzas antioqueñas, digámoslo así, en nada se diferenciaban de las jerosolimitanas, salvo el punto de disidencia sobre las ceremonias. Todo lo que emanaba del credo era semejante, idéntico.

Hablando Doellinger de la carta de Santiago, dice: que «es notable por la fuerza y riqueza de pensamientos, por una alocución sentenciosa, rica en imágenes, con frecuencia poética y elevada, por una afinidad sensible y constante con el discurso del Salvador en la montaña. Encuéntrase en ella la refutación del error dogmático de los que explicaban mal, porque no la comprendían bien, la doctrina de la justificación por la fe. Pero ella tuvo por especial ob-

(1) Carta de Santiago.

jeto corregir las imperfecciones morales, mejorar las costumbres, borrar la diferencia creciente entre ricos y pobres y las pretensiones de los primeros en las asambleas de los fieles. El Apóstol representa al Cristianismo como la ley de la libertad, la ley régia del amor que Dios escribe por la fe en el corazón del hombre.»

El Apóstol que, según Renan, «hubiera merecido la reprobación de Jesús, cuya obra se esforzaba en destruir,» era, según Döllinger, aquel en cuyo escrito «se contienen más alusiones á los discursos de Jesús, más reproducciones de las palabras del Salvador que en todas las demás cartas apostólicas juntas.»

Esta es la verdadera fisonomía del grande Apóstol cristiano, sacrificado por el enojo de la pérfida Sinagoga.

### XXIII.

#### Incendio de Roma.

El delirio de Neron para gozar llegó á su álgido período. Dos cosas eran en él ilimitadas, el poder y la concupiscencia del orgullo y del placer. Jamás el epicureísmo tuvo una personificación tan viva como en aquel César, en cuyo corazón estaba extinguido el último resto del pudor.

La voz de la conciencia no tenía para él ningún significado, como carecían de valor la honra, los bienes, la sangre, la vida ajenas. Señor, dueño absoluto de todo, solo reconocía un derecho y una propiedad. El era el gran propietario, él el supremo árbitro. El género humano era su esclavo, y en esta calidad podía disponer de su fortuna y de su vida. Neron es quizá el soberano más endiosado y á la vez más criminal que aparece en la historia de los siglos. Como si la serpiente paradisiaca se hubiera deslizado en el alcázar neroniano y vuelto á repetir el *eritis sicut dii*, Neron, creyendo en su propia divinidad, no respetaba precepto alguno. El crimen fue el más activo y fiel agente de sus infernales proyectos.

Cruzó un día por su mente la idea de la reconstrucción de Roma, y al momento se la afiló; pero para reconstruir á Roma era preciso destruirla. Los procedimientos administrativos y económicos eran excesivamente lentos y costosos. Satan le inspiró un sistema corto, poético y barato. ¡El fuego!

Contemplar tranquilamente el cuadro de Roma incendiada ofrecía una perspectiva digna del sanguinario César.

La corte se trasladó á Antium. El día 16 de julio del año 64 se declaró un violento incendio en el distrito contiguo al círculo máximo, al pie de los cerros Palatino y Cælio. En pocos instantes las llamas envolvían en sus mugientes olas aquellas pobres barriadas.

Leamos la descripción que hace Tácito de aquel espantoso acontecimiento.

«En su impetuosidad el incendio devoró desde luego todas las construcciones de la parte baja, subió sin estorbo á los puntos más elevados, descendió y volvió á subir, consumiéndolo todo con una celeridad que frustraba todos los auxilios. La antigua Roma con sus estrechas y tortuosas calles ofrecía á las llamas un alimento inagotable. Imagínese el lector los chillidos de las espantadas mujeres poblando el aire de sus lamentos; ancianos endebles, intentando salvar á personas menos ágiles aun que ellos; niños inexpertos, corriendo desatinados sin guía ni dirección; unos parándose en el lugar de mayor peligro, otros corriendo en los momentos que era más arriesgado huir; resultando una confusión que paralizaba cualquier saludable esfuerzo. Muchos, volviendo la vista atrás, veíanse casi alcanzados por las llamas, que asimismo estaban posesionadas de los flancos. Creían otros haber salvado el más próximo peligro, cuando otro peligro inesperado les salía al encuentro. Huyendo de las calles arruinadas

acampaban algunos en las afueras, y allí unos devorados por el dolor de la pérdida de la fortuna y de los recursos indispensables á la vida; otros por la desesperacion de ver perdidos sus mas próximos parientes y amigos sin poder socorrerles, se arrojaban voluntariamente á la terrible hoguera, sin admitir el auxilio que se les ofrecia. Y nadie alcanzaba combatir el elemento destructor, porque algunos hombres diseminados proferian amenazas contra los que intentaban hacer algo sério para extinguirlo, y hasta habia quienes arrojaban antorchas embreadas, diciéndose competentemente autorizados para ello. ¿Era este un recurso empleado para saquear á mansalva los edificios desolados? ¿ó era que realmente tenian órdenes incendiarias (1)?»

Seis dias y siete noches duró la tempestad de fuego. Toda la ciudad, apoyada en el monte Esquilinio, no era mas que un campo de cenizas humeantes. Esperábase el próximo término de la catástrofe, cuando el incendio reaparece por el lado del palacio Emiliano. Aquella segunda edicion duró tres dias. Allí el incendio fue mas lento, porque siendo mas aristocráticos los barrios devorados encontraba menos combustible, aunque los edificios incendiados en ellos eran mas preciosos.

«Seria demasiado prolijo, dice el mismo Tácito, enumerar los palacios, casas, templos desaparecidos en aquellas terribles jornadas. Los monumentos mas antiguos de la religion, el templo dedicado por Servius Tullius á la Luna; el grande altar y la basilica elevados en honor de Hércules por el arcadiano Evandro; el santuario de Júpiter Stator construido por el mismo Rómulus; el palacio de Numa; el templo de Vesta y de los penates del pueblo romano, todo fue reducido á pavesas. Así desaparecieron las riquezas conquistadas por tantas victorias, las obras maestras del arte griego, todos aquellos antiguos y sagrados monumentos del genio, cuyo recuerdo no pudo borrar en el espíritu de los ancianos, porque era irreparable pérdida, el esplendor de la Roma renaciente (2).»

De los catorce cuarteles ó distritos en que estaba dividida la capital, cuatro desaparecieron por completo; siete se veian cubiertos de escombros inaprovechables; solo cuatro permanecieron intactos, y eran estos el del monte *Janiculo*, el del *Aventino*, el del *Celio* y el de la puerta *Capena*.

El número de víctimas será para siempre ignorado.

La opinion pública atribuyó la iniciativa de la catástrofe á un capricho, á un cálculo de Neron. Suetonio escribió: «Neron supo disimular tan poco su culpabilidad, que algunos consularios sorprendieron en sus habitaciones criados del Emperador con antorchas y breas, y no se les detuvo, y hasta se empleó la maquinaria para derribar algunos edificios cercanos al palacio imperial, que, cimentados y apoyados en rocas, no cedieron á la accion de las llamas.» El mismo Suetonio cuenta que Neron en lo mas crudo del incendio subiése, acompañado de sus íntimos cortesanos, á la cumbre de la torre de Mecenas, en el monte Esquilinio, para disfrutar del excelente *punto de vista* que desde allí se ofrecia; entonando en aquella altura un himno sobre la ruina de Troya al acorde de su propia lira. Dion Cassius es igualmente explícito en este punto.

La indignacion de los romanos fue correspondiente á la escandalosa conducta del Emperador; porque aun suponiéndole inocente de la iniciativa de aquella catástrofe sin igual, su conducta durante la afliccion de la ciudad no admite justificacion. Nada hizo, nada dispuso que pudiera ser eficaz para alejar, ó á lo menos disminuir la gravedad del siniestro. Solo á última hora, cuando el fuego habia consumado su obra, se presentó mas bien como curioso espectador que como solícito soberano.

Sus medidas para improvisar un barrio de cabañas, que sirvieran de asilo á los que habian perdido los hogares, y para que abundara el alimento para las muchedumbres desposeidas, no escitaron la gratitud del pueblo, en cuya imaginacion y en cuya conciencia Neron era el grande incendiario.

(1) Tácito, *Ann.*, lib. XV.

(2) *Ibid.*

# HISTORIA DE ESPAÑA, ILUSTRADA

Esta obra es una de las más importantes que se han publicado en España, y que ha merecido el honor de ser traducida a todas las lenguas modernas.

El precio de cada tomo es de 2 rs. en toda España, y de 3 rs. en el extranjero. Los señores suscritores que deseen recibir el tomo por adelantado, pueden hacerlo pagando 1 rs. por adelantado y el resto al recibirlo.

# HISTORIA GENERAL DE FRANCIA

Esta obra es una de las más importantes que se han publicado en Francia, y que ha merecido el honor de ser traducida a todas las lenguas modernas.

# LA VUELTA POR ESPAÑA

Esta obra es una de las más importantes que se han publicado en España, y que ha merecido el honor de ser traducida a todas las lenguas modernas.

# EL REMORDIMIENTO O LA FUERZA DE LA CONCIENCIA

Esta obra es una de las más importantes que se han publicado en España, y que ha merecido el honor de ser traducida a todas las lenguas modernas.

# ILUSTRACION RELIGIOSA. LAS MISIONES CATOLICAS

Esta obra es una de las más importantes que se han publicado en España, y que ha merecido el honor de ser traducida a todas las lenguas modernas.

# GALERIA CATOLICA

Esta obra es una de las más importantes que se han publicado en España, y que ha merecido el honor de ser traducida a todas las lenguas modernas.

# VOORS PROEFSTUKEN

Esta obra es una de las más importantes que se han publicado en España, y que ha merecido el honor de ser traducida a todas las lenguas modernas.

# HISTORIA DE ESPAÑA, ILUSTRADA,

*desde su fundacion hasta nuestros dias. Coleccion de litografias representando los principales hechos históricos de cada época, con texto al dorso, por D. Rafael del Castillo.*

Sale dos veces al mes, en entregas con cubierta de color, formando cada entrega dos hojas dobladas, que contienen cuatro láminas de tamaño *mas de folio*, de papel bueno y fuerte, cual exige una lámina destinada, si se quiere, para ser colocada en un cuadro. — Al dorso de cada lámina, y á dos columnas, va su texto explicativo.

El precio de cada entrega es el de 5 rs. en toda España, remitidas por el correo ú otro conducto, de manera que no puedan malograrse. — En nuestras posesiones ultramarinas las entregas cuestan dos reales mas. — Van publicadas 68 entregas.

## HISTORIA GENERAL DE FRANCIA

*desde sus primitivos tiempos hasta nuestros dias, por D. Vicente Ortiz de la Puebla.*

Cuatro tomos en folio, de abundante y clara lectura, impresos con tipos enteramente nuevos y en papel satinado, y adornados con mas de 1000 bellisimos grabados, entre láminas sueltas y viñetas, ó 300 entregas de ocho páginas á un real la entrega.

## LA VUELTA POR ESPAÑA.

*Viaje histórico, geográfico, científico, recreativo y pintoresco. Historia popular de España en su parte geografica, civil y política, puesta al alcance de todas las fortunas y de todas las inteligencias. Viaje recreativo y pintoresco, abrazando: las tradiciones, leyendas, monumentos, propiedades especiales de cada localidad, establecimientos balnearios, produccion, estadística, costumbres, etc.— Obra ilustrada con grabados intercalados en el texto representando los monumentos, edificios, trajes, armas y retratos. Y escrita en virtud de los datos adquiridos en las mismas localidades por una sociedad de literatos.*

Tres tomos en 4.º mayor, ó 364 entregas de 8 páginas, á medio real la entrega. — A los que se suscriban y no quieran tomar de una sola vez todas las entregas, se les facilitará ir adquiriéndolas á su comodidad.

## EL REMORDIMIENTO Ó LA FUERZA DE LA CONCIENCIA.

*Novela basada en el argumento del muy aplaudido drama italiano de Luigi Gualtieri, por D. Juan Justo Uguet.*

Dos tomos en 4.º muy abultados con 20 preciosas láminas grabadas sobre boj representando los principales asuntos de la obra, á 78 rs. en pasta. — Tambien se facilita ir adquiriéndola por suscripcion, tomando, á comodidad del interesado, las 134 entregas de que consta, á medio real la entrega.

## ILUSTRACION RELIGIOSA. — LAS MISIONES CATÓLICAS.

*Boletín semanal de la Obra de la Propagación de la Fe, establecida en Lyon, Francia.*

Un tomo en folio con gran número de grabados intercalados en el texto, á 60 rs. en media pasta.

## GALERIA CATÓLICA.

*Coleccion de litografias representando las principales escenas de la vida de Jesucristo, de su Santísima Madre, de la Iglesia católica y de los Santos: con texto explicativo y doctrinal al dorso de cada lámina, por los Rdos. P. M. Fray José María Rodríguez, General de la Orden de la Merced: D. Eduardo María Vilarrasa, Cura propio de la parroquia de la Concepcion de Nuestra Señora, en Barcelona, y D. José Ildefonso Gatell, Cura propio de la parroquia de San Juan, en Gracia (Barcelona); Monumento elevado á nuestro Santísimo Padre Pio IX, Papa reinante, y dedicado á los excelentisimos é ilustrisimos señores Arzobispos y Obispos de España. Con aprobacion del Ordinario.*

Agotada la primera edicion de tan útil como lujosa obra, hemos emprendido una segunda, deseosos de complacer á las muchas personas que nos han indicado apetecian poseerla. — La obra consta de cuatro tomos en folio mayor, á 325 rs. en medio chagrin con relieves y dorados al llano; ó 49 entregas de 4 láminas cada una, á 5 reales la entrega en toda España.

## VOCES PROFÉTICAS

*ó signos, apariciones y predicciones modernas concernientes á los grandes acontecimientos de la cristiandad en el siglo XIX, y hácia la aproximacion del fin de los tiempos, por el presbítero J. M. Curicque, de la diócesis de Metz, miembro de la Sociedad de Arqueología y de Historia de la Moselle, miembro corresponsal de la Sociedad histórica de Nuestra Señora de Francia. Quinta edicion revista, corregida y aumentada. Traducida al español por el licenciado D. Petro Gonzalez de Villaumbrosia, canónigo de la santa Iglesia Metropolitana de Zaragoza, Examinador Sinodal de varias diócesis, Misionero apostólico, etc., etc.*

Dos voluminosos tomos en 4.º mayor, á 32 rs. en rústica y 40 en pasta.